

de este mundo engañoso,  
 no es la vida sabia y sana  
 ¡ Ay! ¡ La república humana  
 me parece la peor!.....

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALAN

(De *El Universo*, de Madrid).

## RECUERDOS DE PEREDA

En los últimos días de Diciembre de 1899 llegámos á Santander, huyéndole al frío del invierno de Suiza, el helado país de la Jungfrau y del Mont-Blanc. Llevábanos á aquella ciudad, no tan buen clima en esa estación como lo son otros puntos de España—especialmente Sevilla, donde ya habíamos pasado el invierno del 97,—el ansia de volver á ver á una antigua y querida familia amiga nuestra, la facilidad que nos prestaba aquel puerto de embarcarnos para Colombia en cualquier momento dado, y, justo es decirlo, el deseo también grandísimo de conocer al ilustre novelista cuya muerte lloran hoy las letras castellanas de uno y otro lado del Océano.

La ciudad de Santander, noble señora del Cantábrico, el temido mar de navegantes y pescadores, es tan conocida de todos los que entre nosotros han viajado á Europa, que me parece innecesario decir nada de ella; Santander puede decirse que es Pereda; y hablar de éste es, por tanto, su mejor elogio: no porque no cuente entre sus hijos otros hombres distinguidísimos y de mayor valía como sabios—el ilustre Menéndez Pelayo, por ejemplo,—sino porque Pereda es (ya que sus obras vivirán eternamente), como el alma de sus calles, de sus moradores, de su mar terrible y de sus montañas escarpadas; porque él todo lo vio, lo pintó con colores imborrables y lo vivió, si así puede decirse, con toda la intensidad de su genio.

Nada se ve allí, realmente, que no haya sido inmortalizado por los colores de su paleta: ese lenguaje suyo, el más deliciosamente castellano que se haya conocido desde los tiempos de Cervantes; y hasta lo que ya no existe, como la calle Alta, reemplazada hoy por espléndida avenida de suntuosos edificios, todo vive y vivirá unido á su nombre. Yo, por mí, sé decir que cuando llegué á aquella simpática ciudad todos sus sitios me eran familiares y conocidos todos los tipos de sus habitantes: desde el médico D. Elías y el cura D. Sabas, hasta el tío Mechelín; y desde Andrés, Neluco Celis y Sotileza, hasta Muergo y Tarugo; y conocidísimas me eran también las diversas castas de sus hidalgos, como los descritos en *Peñas Arriba*, los tipos de sus *indianos*; y hasta los ínfimos rapaces llamados *raqueros*, nombre que Pereda dice les vino del verbo latino *rapio*, *is*, *ere*, que significa: “quedarse con lo ajeno contra la voluntad de su dueño.”

Dos días no más llevábamos de hallarnos en Santander, cuando tuvimos el honor, mi padre y yo, de conocer á Pereda; D. José María Quintanilla, joven escritor que firma con el seudónimo de *Pedro Sánchez*, fue quien nos llevó á su casa, á eso de las siete de la noche. Nos recibió Pereda en su escritorio, amablemente, y con la franqueza propia de los españoles, sin etiqueta ninguna; de modo que á los pocos momentos se paseaba él por toda la pieza, y todos, los que acabábamos de llegar y los amigos que se hallaban con él, nos acercábamos al clásico brasero y, á su lumbre benéfica, se hablaba con completo desembarazo de todó—de Colombia, de España y de escritores distinguidos de ambos países. En tan agradables momentos tuvimos, mi padre y yo, la satisfacción inmensa, unida á un noble orgullo, de oír de los propios labios de aquel ilustre escritor los más grandes elogios de algunos colombianos, especialmente de D. Miguel Antonio Caro, por quien preguntó primero que todo, diciéndonos con frase viva y elocuente cuánto admiraba él á tan gran-

de humanista y á tan gran poeta; porque ha de saberse, ya que la ocasión es propicia para decirlo, que en España es más generalmente conocido y admirado—más nombrado á lo menos— el Sr. Caro como poeta que como crítico y como escritor en prosa. No sólo Pereda, sino también Núñez de Arce, Rubió y Ors, Verdaguer, y muchos más, siempre nos hablaban del gran poeta Caro. ¡Y aquí ha habido quien discuta si es poeta siquiera! ¡El, el más fiel y elegante traductor en verso que existe en castellano; el autor de *Sueños* y de la oda *A la estatua del Libertador*!.....

En cambio, tengo yo un amigo que no deja nunca de enjugar una lágrima que acude á sus ojos cada vez que juntos, en horas de íntimo esparcimiento, recitamos algunas estrofas de esta última, como aquellas dos en que, refiriéndose á la muerte del Gran Mariscal de Ayacucho (uno de los crímenes que la desdichada Colombia no ha expiado aún por entero), pinta Caro al *Libertador*, que amaba á Sucre con toda la intensidad de su grande alma:

“ En tan solemnes días  
Por la orilla del mar, los pasos lentos  
Y cruzados los brazos cual solfas,  
Hondas melancolías  
Exhalabas á veces en lamentos!

Ora pasara un ave,  
Ya hender vieses el líquido elemento  
Sin dejar rastro en él velera nave,  
Murmurabas: ¡ *Quién sabe*  
*Si aré en el mar y edifiqué en el viento!*....”

Pero así ha de ser la diversidad de opiniones entre los hombres (“no hay—dice Mme. Swetchine—dos personas que hayan leído el mismo libro”): D. Juan Valera, en sus *Cartas Americanas*, después de mostrar su entusiasmo por la *Vuelta á la Patria* y *La flecha de Oro*, tilda casi de blasfema la exclamación sublime contenida en estos últimos versos, quizá porque olvidaba que era frase del mis-

mo Bolívar “que apuró la ingratitud hasta las heces,” y que veía caer, bajo el plomo homicida, al guerrero más puro que registra la historia.

Pero volvamos á nuestro relato:

—Para que ustedes vean la admiración que tengo yo por ese grande hombre, nos dijo Pereda, voy á mostrarles una cosa.

Y diciendo esto, descolgó de una de las paredes, enmarcado, para mostrárnoslo, el soneto que D. Miguel Antonio Caro le dedicó, con motivo de la muerte de su hijo Juan Manuel, doloroso y trágico acontecimiento producido por una enajenación mental —pues era joven de raras prendas y de acendradas creencias religiosas, según lo oí decir á muchas personas en Santander,— en momentos en que Pereda escribía, como él mismo lo dice en el prólogo, su novela *Peñas arriba*. Allí en la misma pared veíase suspendida una cruz, formada por el cañón de una escopeta....

— Yo que casi no guardo nada—siguió diciéndonos Pereda—conservo lo mismo, con el mayor respeto y cariño, en este armario, las pocas cartas que tengo del Sr. Caro, sintiendo, eso sí, que sean tan pocas.

Mostrónos también, hablando ya de otros escritores colombianos, la novela de mi paisano y querido amigo Tomás Carrasquilla, *Frutos de mi tierra*, llena de anotaciones al margen, y dijónos que tres veces la había leído; que era una novela admirable; que en escritos que él había visto se decía que Carrasquilla era imitador suyo:

—¡Ca!, dijo, esto no es imitar, sino hacer las cosas muy bien hechas; ojalá que algunos de los capítulos que contiene fueran míos.

Y hojeando acá y allá las páginas de la novela, nos iba mostrando los pasajes que más le agradaban. Sepa esto Carrasquilla, y sepa también el gusto tan grande con que yo doy te de lo dicho, para gloria suya y también del terruño de ambos; y que rabien los envidiosos y los malos escritores que por ello se sientan ofendidos.

Las personas con quienes se hallaba esa noche Pereda, á nuestra llegada, eran D. Enrique Menéndez—hermano del ilustre D. Marcelino,—poeta y delicado escritor en prosa; D. Aurelio de la Revilla, cuñado de Pereda, persona muy culta y de agradabilísimo trato; un Sr. Corpas, á quien sólo tuve ocasión de ver después raras veces por haberse ausentado de Santander; y el pintor Fernando Pérez del Camino, quien con riguroso pincel, que ya la muerte le arrebató de las manos, trasladó al lienzo varios cuadros de los descritos por Pereda. La pieza en que nos recibió, y que después frecuentamos tantas veces, es la misma descrita por Pérez Galdós, donde se encuentra el retrato de Pereda en traje antiguo, con golilla, del cual dice que es necesario tratarlo de *usarcé*; bello retrato por cierto, pues aquellos arreos le quedan maravillosamente á quien era tipo perfecto del español más puro en facciones, en lealtad y en nobleza.

Son tantos y tan agradables los recuerdos que conservo de Pereda, de Santander y de otros amigos, además de los citados, á quienes debimos las más exquisitas atenciones, que francamente, al llegar aquí, siento deseos de dejar caer la pluma de la mano, en la imposibilidad de entresacar de ese cúmulo de recuerdos, algo que sea breve y encierre al mismo tiempo, lo mejor posible, algunos detalles importantes. Consuélame la idea de que nada es despreciable en la vida de los grandes hombres, lo cual, unido al anhelo mío vehemente de rendir un homenaje de cariño á la memoria del ilustre hombre que me honró con su benévola amistad y que tuvo por mi padre un verdadero cariño, una amistad sincera y grande, han sido los motivos únicos que me han decidido á asumir la responsabilidad que sobre mí ha de recaer por el atrevimiento de escribir, yo lego en la materia, nada menos que un artículo sobre Pereda.

No se crea, por lo que precede, que voy á emitir juicios críticos sobre sus obras. ¡Dios me libre de caer en

semejante ridiculez! Lo que pretendo, lo repito, es relatar á la ligera algunos recuerdos personalísimos. Así pues, empezaré por los paseos-matinales que hacíamos en su compañía, paseos á que asistían siempre tres ó cuatro de sus amigos; pues bueno es decirlo de una vez, á Pereda nunca se le veía solo: un grupo de aquéllos formábanle permanentemente á manera de una cariñosa constelación, acompañábanlo á todas partes y lo visitaban todas las noches. ¡Qué afectuosa solicitud y qué respeto unido á la más franca cordialidad! Pereda bromeaba con todos, se reía de ellos, los elogiaba otras veces para que nosotros viéramos la *talla* de hombres que eran, y ellos le pedían consejo, y entre mimo y mimo, le sacaban al sol al maestro algunas de sus debilidades, en desquite de las bromas de éste.

—Usted también, D. Pepe, decíanle por ejemplo, cuando sopla el noroeste, se pone de un genio insoportable y se queja hasta de tener una bellísima quinta en Polanco y una jabonería que le da más duros que defectos les ha encontrado usted á sus paisanos.

—¿Y cuando amanece con el pajarito que le canta allá adentro en el cerebro?, le decía otro.

—Cállala, tú, mastuerzo, replicábale á uno Pereda: tú una vez te ibas muriendo porque te dijo una *polla* que eras muy feo, y lo peor es que es cierto. ¿Y tus nervios?... Pero ahí donde lo ven ustedes, nos decía á nosotros, este chico vale más que muchos *pingajos* á pesar de los *berrinches* que le dan á cada rato.

Y luego seguían las risas y las charlas, cogía nuevo rumbo la conversación, se hablaba de libros, de política, de España, y sobre todo, de la *tierruca*, lo más adorado por aquel grupo de aristocráticos montañeses *pur sang*.

Los paseos á que me refiero tenían lugar todos los días á eso de las once de la mañana. Reuníamonos en la *Guantería* de Pedro Alonso, descrita por Pereda en una de sus obras, situada en la calle de la *Blanca*, y tomábamos in-

defectiblemente en dirección de la primera Alameda, distante de aquélla unas pocas cuádras. Todavía me parece verlo llegar á paso mesurado, con su fisonomía llena de bondad y de inteligencia, abrigado con un fuerte sobretodo, con su gran *chambergó* y fumándose un *pitillo* de la Habana: nos saludaba cordialmente, decíale alguna broma á Perico (hijo y heredero del antiguo propietario de la *Guantería*) y nos poníamos en marcha formando todos un solo grupo. Referiré brevemente algunos episodios de aquellos *gratísimos* paseos, omitiendo á mi pesar muchos otros para no alargarme demasiado.

Una niñita de unos cinco años se le acercaba frecuentemente á Pereda y le pedía con la gracia innata en toda española, un *perro chico* (cinco céntimos), llamándolo llanamente como todos allá *don Pepe*, poniéndosele delante para impedirle la marcha y haciendo con ojos y boca mil guiñas y monerías.

—“A ver, muéstra esas manos,” le decía Pereda; y si no las tenía limpias como un ampo de nieve—“quita de aquí, puerca; y como te me vuelvas á presentar así, no cuentas más conmigo en tu vida.”

Íbase á toda prisa la chicuela, y á poco volvía á alcanzarnos, mostrábale las manos nuevamente, limpias pero empapadas de agua, por no haber tenido ni tiempo para secárselas, y á poco alejábale otra vez de nosotros con mil zalamerías, pero llevando esta vez el anhelado *perro chico*.

A propósito de limosnas, nos decía esa vez Pereda, le ocurrió á mi padre un caso muy curioso. Iba todos los días á nuestra casa un pobre á quien siempre se le daba lo que había; una mañana, no teniendo á mano nada mejor mi padre, mandóle con un criado una pequeñísima moneda, y aquel bribón, después de rabiarse un rato, envióle esta razón, casi increíble, á mi padre: “dígame á su amo usté, que si quiere pobres de á cuarto, que los busque.”

La conversación de Pereda era tan agradable y pintoresca como son sus escritos, y tenía el mismo naturalismo de buena ley que caracteriza á éstos; para él cada cosa no tenía sino un nombre, y ése se lo daba, sin que nunca una sola palabra salida de su boca no la oyera uno ennoblecida, como si el propio Cervantes fuese quien la soltara de sus labios. Ya he dicho algo de su genio burlón y festivo, pero no puedo resistir á la tentación de referir otro rasgo que quizá lo haga conocer más bajo este aspecto. Acompañélo yo un día á poner una carta en el correo: llegóse al buzón, una enorme cara de piedra por cuya boca echábanse las cartas; puso la suya, junto á la de piedra; llevóse las manos á la cara, como se acostumbra para que el viento no se lleve la voz, y dijo, casi deletreando, mientras soltaba yo una alegre carcajada que no pude contener: *pa-ra San-to-ña.....*

—“Esto que usted vio ahora, me dijo al regreso, lo hacía siempre un *calzonazos*, paisano mío, cada vez que venía á dejar allí alguna carta.”

La modestia era sin duda una de sus más grandes y más atrayentes cualidades. No digo personas doctas, yo mismo, un pobre muchacho que para juzgar de las excelencias de una obra literaria no contaba entonces, ni cuento aún, con otro auxilio que el que presta “esa luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo,” emitía en su presencia, con toda libertad, mi juicio sobre sus obras —de las cuales, permítaseme la satisfacción de decirlo, regaló él á mi padre, con honrosísima y cariñosa dedicatoria, los tomos que faltaban á nuestra colección.

—“Léase *La Puchera*,” me dijo una vez que hablábamos de sus libros, “que es una de las novelas que yo creo que me han quedado menos malas.”

Hícelo así, y cuando la hube terminado, “¿qué tal?” me preguntó.

—Magnífica, le repuse: pero con el permiso de usted, yo siempre me quedo con *Sotileza*.

—“¡Ah, es que *Sotileza* es otra cosa!”; y al decirme esto, notábasele en la cara la satisfacción bien merecida de ser él el padre de esa chicuela encantadora, llena de gracia y de “complicaciones” de alma, como ahora se diría.

¡Rara casualidad!, en ese mismo momento atravesaba la calle, con ese andar felino que él la describe, una chiquilla que á mí se me hizo parecidísima:

—¡Mírela usted!, Sr. Pereda, le dije.

Calóse bien las gafas y miróla atentamente:

—Si se parece, y mucho—me contestó—*pero.....* Oiga usted, á propósito de esto, un caso raro: cierto día fui á bordo de un buque á saludar á un amigo; apenas hube subido la escalerilla y pisado el puente, se vino en dirección mía un señor, que resultó ser un yanqui —¡claro que yanqui tenía que ser!— y sin que nadie nos presentara, me dijo: “excuse usted, me han dicho que es usted el Sr. Pereda, dígame una cosa: ¿Sotileza amaba á Andrés?” “Yo mismo no lo sé, le repuse: sábelo Dios si esa chica era capaz de amar á alguien!”

Otro día nos refirió cómo había escrito *Don Gonzalo González de la Gonzalera*. ¡Lo que es un nombre!, nos dijo; hacía ya algún tiempo que no escribía yo nada: no estaba, vamos al decir, *el horno en su punto*; y sin embargo, sentía comezón de hacer algo. Estando así, me encontré una mañana con Pérez Galdós; habíamos hablado apenas unas pocas palabras, cuando me dijo: “Le tengo á usted, querido colega, un nombre espléndido; pero antes de dárselo, necesito de usted una promesa: la de que escribirá sobre él una novela.” Prometí, me dio el nombre, y ahí tienen ustedes un libraco dedicado á mis queridos *indianos*, tema que había cruzado por mi mente muchas veces.

Menéndez y Pelayo pasa los veranos en su modesta residencia de Santander, época que dedica á escribir esos famosos prólogos que preceden á sus monumentales colecciones de *Liricos Castellanos* y el *Teatrò de Lope de Ve-*

ga, de que lleva publicados varios tomos. Pereda nos hizo el honor á mi padre y á mí de acompañarnos á su casa personalmente. Encontrámos al gran crítico, el más grande que ha producido España y quizá Europa en nuestra época, en su escritorio, trabajando, rodeado de infinidad de libros abiertos sobre la mesa; levantóse al sentir nuestros pasos y se adelantó hacia Pereda, á quien abrazó estrechamente. Pasada la presentación, hízonos sentar, sentóse él asimismo cerca del lugar en que antes se hallaba, hablónos del Sr. Caro—de quien hacía tiempo, nos dijo, no tenía el placer de recibir noticias—y nos preguntó también por Gómez Restrepo, “chico que vale más de cuantos paisanos tuyos me has presentado,” le decía una vez á nuestro respetado amigo el entonces Cónsul de Colombia, Don Antonio Rubió y Lluch, según me refirió éste un día en Barcelona. Y por Pereda ¡qué cariño, qué respeto el que revelaba! “En sus obras, nos dijo, aprendí yo á leer; por eso amo tanto sus libros, sobre todo sus primeros cuentos.” ¡Dulces momentos aquellos de expansiones cariñosas de un sabio!

Llevónos también Pereda á su casa de Polanco, deliciosa y digna mansión de un poeta como él lo era, allí donde hace poco rindió su alma cristiana á Dios, arrullado por la música del mar y la montaña..... Recorre ahora otra vez mi espíritu aquellos sitios encantados, y miro de nuevo esos deliciosos paisajes impregnados dulcemente del *sabor de la tierra*. Onde la brisa sobre las mieses y gime el mar murmurando con tristeza el nombre de su cantor excelso!

El 27 de Julio de 1900 dijimos adiós á aquella playa hospitalaria, de que tantos otros hondos recuerdos conservamos, y desde la baranda de popa del *Canadá* mirábamos entristecidos desaparecer á nuestra vista aquella querida faja de tierra que baña el mar desde *Muelle-Anaos* hasta la punta de *Piquio*..... Después, sólo una bandada de gaviotas que seguían nuestro buque, cuya vista nos traía nostál-

gicamente al recuerdo aquellos dulces versos de D. Miguel Antonio Caro:

“De tristeza y amor de inspiradoras,  
De adioses y esperanzas mensajeras.....”

¡Puedan ellas llenar hoy también mi voz de duelo á aquellos sitios, y dejar caer una lágrima mía sobre la tumba recién abierta de Pereda!

FEDERICO BRAVO

Bogotá, Mayo de 1906.

## EL JUICIO FINAL

(DE GILBERT)

A S. S. el Canónigo Dr. D. Rafael María Carrasquilla

¿Qué grito atronador hiere mi oído  
Y resuena en los ámbitos disperso?  
De la trompeta el colosal bramido  
Que nos anuncia el fin del Universo.  
El devorante rayo, enfurecido,  
Cruza el aire en su carro llameante:  
Los vientos, de su cárcel escapados,  
De Occidente á Levante  
La faz del orbe azotan,  
Y los astros—fanales apagados—  
Tintos en sangre en el espacio flotan.

\*

Revuelto en gigantescas convulsiones  
Deja su lecho el mar, y con violenta  
Cólera eleva al cielo sus turbiones  
Y entre sus ruinas envolverlo intenta

\*